

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

EL AÑO NUEVO.

Tempus faciendi Domine,
tempus faciendi: dissipave-
runt legem tuam.

Ha muerto el año de 1887, y hoy comienza su curso el año de 1888. Vamos, pues, á celebrar una defuncion y un nacimiento. Dedicuemos un recuerdo al año que acaba de espirar, y ofrezcamos nuestros servicios al año que acaba de nacer. El tiempo es un rico tesoro que Dios nos concede para lograr los altísimos fines de su divina Providencia. ¿Qué uso hemos hecho de ese riquísimo tesoro? ¿Cómo hemos empleado los meses, las semanas, los días y las horas del año que acaba de caer en la fosa de lo pasado? Y dado que muchos hombres hayan perdido ese inestimable tesoro del tiempo, ¿no habrá medio ni

esperanza de reparar tan sensible pérdida? ¿Qué uso debemos hacer del año nuevo que Dios nos concede por su infinita misericordia? ¿Cómo debemos emplear los meses, las semanas y las horas que componen los años de nuestra vida? Desolada está la tierra porque son pocos los que piensan de corazón. Una gran parte de los hombres, dice Seneca (1), pasa el tiempo en el vicio, la mayor parte en la ociosidad, y casi todos en la vanidad. *Magna vita pars elabitur malé agentibus, máxima nihil agentibus, tota aliud agentibus.* Y así malversamos el tiempo que se nos ha concedido para servir á Dios en esta vida y gozarle en la eternidad. Poner de relieve la insensatez de los que así obran, y la manera de reparar

(1) Lib. 1, epist. 1.

las pérdidas del tiempo pasado, será el objeto de este sencillo y humilde trabajo.

Desolada está la tierra de los corazones, desolado el hogar doméstico, desolado el campo de la sociedad, todos los órdenes de la vida humana están desolados porque una gran parte de los hombres consagran su actividad al vicio y al pecado, la mayor parte no se ocupan en el negocio de su salvación mientras dedican todas sus fuerzas al interés material, y al alma de sus negocios, y casi todos se agitan y se mueven en dirección contraria al fin último de su vida que es el cielo, patria suspirada y gloriosa de los cristianos.

Sois vosotros del número de *estos hombres* que para todo son activos y diligentes, menos para el negocio importantísimo de su eterna salvación? *Hombres* he dicho, y dije mal porque son indignos de tan glorioso dictado. Veámoslo.

El hombre es el rey de la creación. Dios le crió, y le hizo recto, para que mirase mucho al cielo y poco á la tierra. Dióle por destino servirle en la tierra, para gozarle en el cielo. Los que se olvidan de su origen y de su destino, los que en todo se ocu-

pan menos en servir á Dios, y negociar su eterna salvación, parecen hombres, pero no son hombres. En las primeras páginas del *Génesis* se halla descrita la cuna del género humano, y se citan los descendientes de la línea de Cain, á saber; Henoch, Irad, Maviael, Matusael, Lamech, Javel, Jubat, Tubalcain, y otros. Leemos además que Seth, tercer hijo de Adán engendró un hijo á quien llamó *Enos* que significa *verdadero hombre*. Y yo pregunto al sagrado historiador: Por ventura, los que antes fueron nombrados no eran verdaderos hombres? Y responde: Enos comenzó á invocar el nombre del Señor. *Sed et Seth natus es filius quem vocavit Enos. Iste cepit invocare nomen Domini.* ¿Lo veis? No diga que es hombre el que desmiente con sus obras su origen y su destino; no es hombre el que abusa de sus nobilísimas facultades; no es hombre el que vive como sino hubiera Dios, ¡ni ley de Dios, ni juicio de Dios; no es hombre el que olvidado de Dios y del cielo se arrastra por la tierra, y solo vive, y se afana por las cosas de la tierra. Por más que él, en su insensata soberbia, se tenga por grande, y se llame autónomo y se proclame soberano, yo digo que no es hombre, sino bestia; menos todavía:

es un vil gusano. *Enos verus homo interpretatur. Neminem enim putant esse verum hominem, præter eum qui verum, Deum agnoscit, et pié colit* (1). Ahora comprendo el sentido de estas palabras de Jeremías: *Axpexi terram et ecce vacua erat* (2). Miré á la tierra y ví que estaba vacía, esto es, sin moradores. Cómo es esto? Lámentase el profeta con razon. Oíd la explicacion de un doctísimo intérprete (3): Así como una casa, aunque esté llena de arañas, insectos y animalillos, se dice con razon que está inhabitada, por cuanto fué construida para habitacion de hombres, así la tierra se considera desierta ó inhabitada, aunque esté muy poblada de hombres sin fé y sin virtud, por cuanto el Señor la hizo para morada de hombres que le sirvan, le honren y glorifiquen. Si yo veo una multitud de hombres que pasan el tiempo en bagatelas, que no se gobiernan por la razon y la fé, sino por los sentidos y las pasiones, que nada hacen por su moral perfeccionamiento y para agradar á Dios, mientras hacen mucho por las cosas de la tierra, y para agradar al mundo, aunque

vea en ellos la humana figura, tendré razon para decirles con el Crisóstomo: ¿Cómo quereis que os coloque en el número de los hombres si vuestras obras os hacen semejantes á las bestias que carecen de razon y de inteligencia? *Qua ratione in numero hominum te possum collocare?* (1) Así emplean el tiempo una gran parte de los hombres. Así ha pasado para muchos el año que acaba de fenecer. Han disipado los talentos del padre de familias, y se encuentran en la indigencia. Gastaron el tiempo en negocios, placeres y diversiones, y no consagraron al negocio de su salvacion una sola hora con verdadera intencion y deseo de aprovecharse. Ahora es el tiempo y la ocasion. Empieza el nuevo año, y es preciso redimir el tiempo perdido y aprovecharse del tiempo presente. *Tempus faciendi.*

Z. M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

La muerte de un héroe.

»...Pasó todo el dia (mi hermano) con mucha fatiga, y á las nueve de la noche dijo: «Estoy muy malo; llamad al confesor, quiero confesarme, recibir el Señor» que me pongan la Santa Estremauncion,

(1) Euseb. Casarien. lib. 7 de præparat. evang. cap. 13.

(2) Cap. 4.

(3) Conc. 1 in Conm. Sanct.

(1) Serm. 2. n. 7.

»pero todo sin boato; que venga como á un pobre.» Así fué; todo se hizo así»

»...Estuvo exhortándonos, diciendo lo que eran las vanidades de la tierra y la soberbia.... A las cinco ya no pudo hablar mas... al auxiliarle abría los ojos como contestando al Sacerdote, y estuvo con todo su conocimiento hasta el último instante. A los pocos minutos fuimos á oír una Misa de agonía, y confesé y recibí al Señor para ofrecer por su alma ese gran misterio que nos ha dejado hasta la consumacion de los siglos.

«El Señor tal vez quiso llevarle para sí antes de que se ensuciase en esta atmósfera en que vivimos tan corrompida; llevó al sepulcro el escapulario de la Virgen Santísima de los Dolores, con una porcion de medallas que siempre trajo consigo; así le ayudó en todos sus peligros, sacándole ileso de ellos; era hermano de algunas cofradías, que no sabíamos nosotros; era buen cristiano. Esta es la satisfaccion mas grande que nos queda, pues nunca fué vanidoso ni soberbio, nunca se vistió de general, y la faja la estrenó llevándola sobre la caja; no usó de coche jamás al ir á su oficina, por no lastimar á sus compañeros, y el Señor le premió como lo ha merecido en esta vida.

«El devoto de la Virgen y buen cristiano á quien se refieren los fragmentos de esta carta era D. Casto Méndez Nuñez.»

Y así han sido todos los verdaderos héroes que han ilustrado á nuestra patria. Méndez Nuñez, en una atmósfera viciadísima se conservó ileso y puro, porque siempre fué cristiano. El hombre que en los mares del Callao supo poner

á tanta y tan envidiable altura el nombre y la reputacion de la Marina, nombre y reputacion que á los pocos años se encargaron Topete y Malcampo de tirar á la bahía de Cádiz como un peso inútil y molesto; el hombre que con la serenidad mas estóica y con su valor romanesco desconcertó á los anglo-americanos, y fué el asombro de todos los guerreros del mundo; el que el almirante austriaco tomó por modelo antes de la batalla de Lissa, tan funesta para los *italianísimos* como gloriosa para los imperiales; don Casto Méndez Nuñez, en suma, fué un cristiano tan excelente como revela la carta publicada por *La Sagrada Familia*.

Y á ese hombre es seguro que los libre-pensadores no considerarán como un espíritu fuerte.

Pero mas vale ser débil al modo de Méndez Nuñez, que no fuerte á la manera de.... tantos y tantos mentecatos é infelices como andan por esos mundos.

(*La Cruz de la Victoria.*)

La Guardia de Honor.

(*Conclusion.*)

—Cada uno de los que á ella pertenecen, tiene una hora al día destinada hacer la Guardia.

—¿Y para quién es el honor de la Guardia?

—¡Oh! el honor, para el Sagrado Corazon de Jesús.

—Cierto que debe ser muy honroso el pertenecer á tal Guardia.

—Pero, ¿es la Guardia ir cada día y por espacio de una hora á la Iglesia?

—No, Coronel, no; ni aún desatienden

sus propias y ordinarias ocupaciones los que á la tal Guardia pertenecen: procuran, si, cuando la hora llega, tributar en su corazón homenaje mas ferviente al divino Salvador.

—Y cuando una persona ha sido alistada, si llega á olvidar la hora, será tal olvido gran quiebra de su obligacion ¿no es así?

—No señor, nada de eso si fué un mero olvido. No hay contraida obligacion alguna bajo pecado.

Pensativo quedó el coronel por un rato.

—¡MARIA!—esclamó; y al volver sus miradas á la niña, quedó sobrecogido por la intensa expresion retratada en el rostro de su sobrina.

—María, ¿seria para tí un gran placer si yo perteneciera á la Guardia de Honor?

La pequeña habladora se le puso en esta ocasion palabras con que responder, y reclinando su cabeceita sobre las rodillas del oficial: Tio, tio, decia; y sin más acudió á su favorita expresion, bu-hu.

Al levantar los ojos el Coronel, sorprendió á Sor Felicitas en el momento mismo en que se enjugaba una lágrima.

—Hermana,—dijo con cierto tono que nunca jamás habia usado, por lo menos en aquel sitio;—ambiciono un puesto en la Guardia de Honor.

—Gracias, Coronel. Escribiré su nombre de V. en el cuadro, y puede V. de signar la hora que elija para hacer la Guardia. Hay concedida indulgencia plenaria en el dia de la admision.

—Gran privilegio es ese;—contestó el Coronel.

Y luego en tono confidencial, siguió la Hermana diciendo:

—Al siguiente dia, en que haya V. comulgado, escriba la fecha en la cédula de inscripcion.

Menos artificio en su modo de expresarse no podia haber usado la religiosa, y sin embargo, evidentemente algo misterioso habia ocurrido. ¿Qué fué ello? Ni la monja ni Maria lo supieron. El Coronel quedó por algunos momentos silencioso, con la mirada fija é indecisa, por lo indefinible del objeto en que se clavaron sus ojos. De repente y con un tono más perentorio del que jamás habia allí usado: «María, esclamó, el té se ha quedado frio; dí que traigan otra taza.» El té, en efecto, habia permanecido sobre la mesa desde la vuelta de las tres personas al recibidor, sin haber ninguna de ellas hecho cuenta de las tazas y demás preparativos puestos en la mesa.

A la voz del Coronel salió María fuera del recibidor, pidiendo té para su tio. Corrió de boca en boca la noticia de que el Coronel pedia té mas caliente, y las pobres religiosas azoradas daban vueltas por un lado y por otro, apresurándose por complacer al militar. Cuando éste y Sor Felicitas quedaron solos, el oficial, tomando la palabra, habló á la Hermana:

—Hermana,—le dijo,—debo en verdad ser franco con V., y esto aún exponiéndome al riesgo de escandalizarla. Hace ya treinta años que no me he confesado.

—¡Ah, Coronel!—respondió la religiosa, con un tono que mas que escándalo revelaba la mas tierna compasion.

—Sí,—dijo el oficial,—lo veo; y c o

nozco que debo avergonzarme de mi conducta. Pero mire V., Hermana, aun no es tarde.

—¡Tarde! Señor, ¿quién dijo tarde?

—Pues bien, confíe V. en mi palabra. He de pertenecer á la Guardia de Honor.

—Señor mío, no solo confío en su palabra, sino que he de rogar por V. cada día al Sagrado Corazón de Jesús.

—Gracias, Hermana, por su buena voluntad. Hoy no he estado bastante tiempo con mi sobriada, tengo que volver otra vez.

El Coronel, al decir esto, púsose en pie, llamó á sus criados y marchóse. Algunos momentos después llagaba el té para el militar.

Pasaban los días, y María, feliz y dichosa ante la idea de que su tío iba á pertenecer á la Guardia de Honor, no tenia mas preocupacion que la de saber por qué otra persona debia rogar al Sagrado Corazón. Al cabo de algunas semanas presentóse de nuevo el Coronel en el Convento, y esta vez otra religiosa acompañó á la niña al recibidor. El oficial, sin embargo, quiso ver á Sor Felicitas. Cuando ésta encontró al militar, le pareció hallar á aquel hombre completamente mudado.

—Hermana,—dijo el Coronel al saludar á la religiosa,—no me he olvidado.

—Pero, Coronel,—replicó Sor Felicitas, ¿ha ido usted?

—No, todavía no; pero tenga V. compasion de mí.

Treinta años no son una friolera, y es difícil recorrer tan largo espacio de tiempo. Pero mire V., y al decir esto sacó de su bolsillo un gran papel; ¿no ve

V. cuánta cosa he tenido que recordar? Pero, todo está escrito aquí.

La pobre Hermana no pudo contener las lágrimas.

—Mas debo ser sincero,—prosiguió el militar;—cuando á V. le dije que hacia treinta años que no me habia confesado, la voz de mi conciencia clamaba en mi interior, recordándome que no eran treinta sino treinta y dos. Dije una mentira, y no he querido ir á confesarme sin desdecirme primero. Esta noche misma me confesaré

Humilde y penitente, retiróse el Coronel. Esta vez no venia con sus criados.

—Hermana,—preguntó María á Sor Felicitas,—¿qué ha pasado con mi tío?

Aquella misma noche trajo el sacristan á las monjas la noticia de haber visto con sus propios ojos al Coronel O'Connell rezando en la Catedral. Al día siguiente á este suceso se celebraba la fiesta del Sagrado Corazón. Poco tiempo después se supo en la ciudad de Agra que el Coronel O'Connell, habia legado la mitad de su fortuna á la Catedral de la villa. Una cosa, sin embargo, estuvo oculta y solo llegó á saberse después de la muerte, del militar; fué, el que aquel hombre, desde el día en que se purificó en las aguas de la penitencia, hasta el momento de dejar este mundo, habia ayunado constantemente tres veces por semana.

Mensajero del Corazón de Jesús.

—=—

El árbol de Navidad.

—

En la tarde del domingo 24 de Diciembre de 186...—el maestro Seligmanu, zapatero y buen cristiano, cenaba en su

trastienda, rodeado de su mujer—mujer de inteligencia y de corazón—y de sus tres hijos, dos muchachos y una niña. El mayor, hermoso joven de 15 años, trabajaba en casa de su tío Federico el sastre.

De vez en cuando los niños menores, olvidando la cena, se volvían para echar una mirada de curiosidad al fondo de la habitación. Allí, en el espacio comprendido entre el muro y la gran estufa de loza que roncaba dulcemente, estaba tendida una blanca cortina.

Detrás de la cortina, bien lo sabían los niños, su madre había colocado una mesa y sobre esta mesa el árbol tradicional de Navidad, al pie del cual un niño Jesús extendía los brazos, como para señalar á los niños los regalos suspendidos de las ramas.

En Alsacia los niños y niñas reciben en Navidad los regalos de año nuevo y los dá el niño Jesús.

Paciencia hijos! Dijo el padre. Después de haber cenado encenderemos las velas del árbol, entonaremos un coro y tendremos vuestros regalos, muy lindos, porque habeis sido buenos este año.

Luego, volviéndose á su hijo mayor, le dijo:

—Has hecho mi encargo á tu tío Federico? ¿Vendrá mañana á cenar con nosotros?

—Vendrá, y mi tía también, y alguien más pero me ha prohibido decir nada.....

—No quiero secretos, hijo mío. Ya sabes que no me gustan.

—Ya lo sé, padre; también ve Vd. que estoy dispuesto a decir todo lo que quiera. Pero Vd. no me descubrirá.

—Es natural. ¿Quién vendrá con tu tío?

—Mi primo Julio.

—Que dicha! exclamó la Señora Seligmann. Estoy muy contenta de ver al buen Julio! Tenía un carácter tan alegre y era tan expansivo! Debe tener ahora 22 años y se me figura que los cuatro años pasados en París le habrán desarrollado lindamente. Mi hermano ha hecho bien en apresurar su regreso; necesita para que le ayude un joven que hable bien el francés, posea modales distinguidos y sepa cortar un traje con arreglo á la última moda.

—Sin duda, sin duda, dijo Seligmann. Si Julio ha adquirido en París todas esas cualidades, perfectamente, pero con la condición de que habrá conservado la honradez de su padre.

—Puedes dudar! dijo la Señora Seligmann.

—¿Quién sabe? Es tan fácil perderse en París y Julio tenía una confianza tan exagerada en sí mismo! Has visto á tu primo?

—Apenas le he apercibido: acaba de llegar é iba á descansar; el viaje le había fatigado.

—Como que había llegado en el tren, de la una y no pudo asistir á la misa..... Un domingo; la víspera de Navidad es mala señal.

—Vamos, padre, no sea Vd. tan severo. Puede ser que haya oído misa durante el camino.

—Lo supongo; pero no lo aseguro. Además le juzgaremos mañana..... Vamos, hijos, ya hemos concluido la cenar quitada la mesa, mientras que vuestra

madre va á encender las velas del árbol de Navidad.

En dos minutos todo estuvo dispuesto. Toda la familia se aproximó al ángulo en donde la cortina ocultaba el árbol á las ansiosas miradas de los niños. Puestos de rodillas, cantaron un coro lleno de fé y de poesía y luego con hábil mano, la madre recorrió la cortina. Entonces vióse al niño Jesús, el árbol, las velas y los regalos suspendidos de las ramas del pequeño pino. Cada uno tuvo su lote.

Mientras tanto, Seligmann se mantenía de pié detrás de su mujer. Cuando ella hubo concluido la distribución de los regalos, él tendió hácia ella su ancha mano endurecida por el trabajo y le ofreció un hermoso rosario de brillantes perlas. Era el presente de Navidad, el *Christiad* de la madre de familia.

Fué recibido con mucha gratitud, y la velada acabó en medio de una alegría que todos adivinan.

A las siete de la tarde del día siguiente, la sala estaba adornada con mucho gusto: en el cuarto estaba dispuesta una gran mesa; sobre la mesa una lámpara y todos los preparativos de una comida; en el ángulo, la estufa arrullaba su monótona canción, á un lado, el árbol de Navidad, el niño Jesús, alumbrado por dos velas.

Seligmann, rodeado de sus hijos, les refería una interesante leyenda; mientras tanto, la madre de familia iba y venía de la cocina.

De repente sonaron pasos en el corredor. Toda la familia se precipitó á la puerta; un rayo de luz alumbró la cara de los recién llegados; eran Fedricio, su mujer y Julio.

Después de los primeros abrazos, fué examinado el jóven.

—Cómo has crecido! exclamó la Señora Seligmann.

Qué hermoso traje! y qué cadena de oro!... Sabes que con tu aire parisien nos intimidas?

El bello Julio, objeto de estos comentarios, se engallaba con aire presumido. La pequeña Sofía, su prima, le arrastró hácia el árbol de Navidad y se puso á ensalzar su belleza; él sonrió con desden. Seligmann lo notó: nada se escapaba á su perspicacia.

No hay árboles como ese en París? dijo á su sobrino.

—No; las costumbres de París y las de aquí no se parecen mucho.

—Y apostaría que cuando llegaba la fiesta de hoy, tu pensarías allá en nuestros árboles y los hecharías de menos.

—Sí, desde luego...; pero en París se olvida pronto. Enseguida me acostumbré á celebrar el día de Navidad como lo celebran los parisien.

Y qué es lo que hacen allí?

—Lo que se hace todos los domingos; los que quieren van á la iglesia. Luego se pasea y se pasan algunas horas en el café, se baila..., en fin se divierten.

—Fea manera de celebrar un día de fiesta.

—Que quiere V., tío mio,... cada uno tiene sus gustos: los parisien encontrarían los de ustedes muy sosos.

(Concluirá.)

CARLOS DUBOIS.